

La historia de una mujer de ochenta y cuatro

Estela Rentería González

LA HISTORIA DE UNA MUJER DE OCHENTA Y CUATRO

Esta historia comienza en México, en la época de la Revolución, en un país convulsionado en todos sus rincones, con familias desintegradas por la leva, por los asesinatos, por verse obligadas a emigrar en busca de mejores condiciones de vida. Zacatecas no era la excepción. La familia González Ávila, oriunda de ese estado, se puso en marcha hacia la ciudad de México, pues ya había sufrido la pérdida de uno de sus integrantes debido a los enfrentamientos.

Genoveva, la madre, era de estatura pequeña, sumamente ágil, de rostro moreno y con aire de aristócrata. Tenía grandes ojos, na riz recta, labios carnosos y una figura muy bien formada. Jamás vestía otro color que no fuera el negro desde que quedara viuda en su añorada tierra de Jerez, Zacatecas. La acompañaban Caro, su nue-ra, que había enviudado hacía poco, con su pequeño hijo Nicolás y sus hijas Teresa, Delfina y Margarita, que partieron con el duelo a cuestas y la esperanza en la frente al dejar su querida tierra natal.

La travesía la inició el novio de Delfina, un joven apuesto de origen árabe, quien convino en encontrarlas, tres días después de su partida, en la capital del país. Dicho encuentro jamás ocurrió, pues el tren en que viajaba el chico —de eso se enterarían después— fue dinamitado y quedó hecho pedazos para tristeza de Delfina y nunca más lo volvieron a ver. Así que en este desconcierto y con otra pérdida, esta familia de cinco mujeres y un pequeño llegó a la ciudad de México.

En un ambiente caótico, como es de esperarse en un país en plena guerra civil, la familia recorrió sus calles, conocidas hoy como parte

del centro histórico. Dieron sus primeros pasos por el Zócalo, por ese barrio de La Merced de inmensas vecindades con sanitarios generales, lugares plagados de pobres, gente lanzada de sus hogares por no pagar la renta, que deambulaba sin rumbo y con la mirada triste. Margarita y su familia estuvieron a punto de vivir la misma situación por la carencia de dinero y las dificultades para subsistir. Gracias a Dios no fue así, pues tan pronto como se instalaron, salieron todas a buscar trabajo.

Por esos rumbos estaba el Hospital Juárez, cuyo director era el doctor José Castro Villagrana, oriundo de Zacatecas y amigo de Genoveva. Se conocían desde el pueblo, pues el doctor mandaba hacer sus trajes en la sastrería La bella jardinería. El encuentro no pudo ser más oportuno, y Genoveva le solicitó que empleara a Margarita, lo que hizo con agrado y de manera inmediata al ofrecerle un trabajo como enfermera. Aun cuando Margarita no tenía la menor idea del oficio, aceptó sin retobo a lguno, pues sabía lo a premiante de su situación. Era tanta la demanda de enfermeras por esos turbulentos y belicosos días, que se aceptaba a todas aquellas con voluntad y disposición, puesto que los gajes del oficio los iban aprendiendo sobre la marcha.

Prontamente Margarita se hizo diestra en poner inyecciones y colocar cómodos, al tiempo que se convirtió en una morena muy agraciada, simpática, de carácter amable, pero, sobre todo, con una enorme inteligencia práctica de la vida, lo que la llevó a convertirse en líder de la familia, a llevar las riendas de la casa y tomar las decisiones importantes.

Un día de trabajo como cualquier otro, Margarita llegó al hospital, firmó su entrada y se dirigió a la jefatura de enfermeras a es-perar indicaciones. Una vez ahí, y recién sentada en la pequeña salita de espera, Margarita reconoció los sonidos familiares de un andar firme que inundaban los pasillos con un aire militar. Margarita se puso en pie inmediatamente, pues sabía perfectamente a quien pertenecían esos pasos. No se equivocaba. Segundos más tarde aparecía la recia

figura de la jefa de enfermeras, quien con tono de ordenanza militar le indicó que ese día estaba asignada a la sala 5 del Hospital Juárez. Dicha sala estaba destinada a los heridos enemigos del Estado o buscados por la policía. Todos estaban en calidad de detenidos, por lo que siempre había vigilancia. Margarita caminaba rumbo a su área de trabajo pensando en esto, cuando a la entrada de la sala se topó con una camilla empujada por una enfermera ya entrada en edad y escoltada por un par de jóvenes oficiales de policía. Al mirar al enfermo, sus ojos se posaron en la figura de un hombre joven, como de veinticinco años, pues algo en él llamó su atención.

El joven iba herido de un brazo y una pierna, pero no era eso lo que despertaba su interés. Al parecer, era extranjero y tenía una mirada muy particular que, al posarse sobre ella, la ruborizaba. Margarita lo atendió de inmediato y siguió las indicaciones de la enfermera mayor. Luego se dio tiempo para indagar un poco más sobre el joven. Se llamaba Gumersindo Rentería Pernet, de origen colombiano, detenido ese mismo día al encontrarlo en posesión de un maletín con billetes y monedas falsas, así como de oro colombiano. Los días de convalecencia de Gumersindo pasaban bajo el cuidado e interés de Margarita, quien se tomaba un poco más del tiempo necesario de la curación para platicar con él. Así conoció que el muchacho además de bien parecido era educado y muy inteligente. Provenía de una importante y conservadora familia colombiana de Popayán, del departamento Valle del Cauca, que al enterarse de las ocupaciones poco legales de Gumersindo lo echó de casa. Él, indignado, subió a un barco con destino a las costas mexicanas, se quitó los zapatos, los aventó al mar y juró no volver. Juramento que no cumplió.

El cuidado de Margarita se transformó en amor gracias también al interés de Gumersindo por enamorarla. Una vez dado de alta, Gumersindo abandonó el hospital con su libertad en una mano — gracias a los privilegios que el dinero puede comprar— y con su enamorada en la otra. Al poco tiempo, Gumersindo le pidió a Margarita matrimonio y ella aceptó gustosa, pues además del amor, la

posición económica de él solventaría algunas de las necesidades de ella y su familia. No se equivocó, pues al casarse alquilaron una gran casa en la colonia Industrial y llevaron a toda la familia a vivir con ellos.

Era un hombre sumamente generoso y protegió a la familia hasta que pudo. Las apuraciones económicas se terminaron y comenzaron los años de bonanza. El dinero no era preocupación. Margarita jamás preguntaba a su marido por sus negocios y no tenía idea de sus actividades, sin embargo sospechaba, pues un grupo de policías pasaba directamente a su casa cada ocho días a recoger dinero. El tiempo pasó y nació Estela. Este hecho hizo que a cuatro años de haber salido en aquel barco, Gumersindo rompiera su juramento y llevara a Margarita y a la pequeña Estela de visita a Colombia. Ahí las presentó con su madre y hermana, ambas de nombre Cornelia. De regreso a México, Margarita entró a estudiar enfermería, se graduó y siempre fue muy eficiente.

Los días transcurrían sin mayores incidentes, hasta que un día un joven paisano, que en sus años mozos había sido novio de Margarita, llegó a la capital. Tiempo atrás, en su natal Zacatecas, se había unido a la bola al lado de Francisco Villa y, en ese momento, llegaba a la gran ciudad como teniente, debido a los muchos méritos alcanzados en el campo de batalla. Este joven supo que la familia de Margarita se encontraba viviendo desde hacía años en la capital, por lo que el teniente Aurelio García emprendió con éxito su búsqueda. Con pesar se enteró de que Margarita estaba ya casada, lo cual no impidió que se apersonara en la casa de la familia, dando lugar a un enfrentamiento. Estela aún recuerda con toda claridad cómo fue que Aurelio, pistola en mano, se abalanzó contra Gumersindo y estuvo a punto de disparar, cuando intempestivamente Teresa, la más joven de la familia, se interpuso entre ellos y evitó así una tragedia anunciada.

La mirada enamorada de Teresa por Aurelio la delató, y éste, por despecho o por simple coraje, la pidió en matrimonio. Al día siguiente se casaron y su unión duró toda la vida. Así, Aurelio se convirtió en

miembro de la familia y cuidó y protegió muchísimo a Estela. Este matrimonio tuvo tres hijos: Luis, Chela y Tica, queridos y siempre bien recordados primos.

Llevaban ocho años de bonanza y lujos, pues incluso tenían chofer a su disposición, cuando un día Gumersindo llegó a la casa agitado y, en tono de preocupación y con sentido de urgencia, le dijo a Margarita que tenían que irse. Le dijo: "Te vas conmigo, porque ahora quiero portarme bien y la policía no me deja en paz. Me exigen y me exigen y yo no puedo, ya no quiero problemas". Tal vez al ver su cara de indecisión remató: "Si no te vas conmigo, ¡no me vuelves a ver!". Ella no sabía con certeza lo que le había sucedido, pero sus sospechas la inundaban de miedo. En una acalorada discusión se negó a partir con él. Gumersindo aprovechó el sueño de Margarita para llevarse a la niña. Sin embargo, cuando llegaron al aeropuerto de la ciudad de México, se encontraron con Andrés Medina, jefe de la policía de Guadalajara, quien reconoció al padre y a la hija, e inmediatamente hizo traer a Margarita para devolverle a la niña.

Este hecho causó gran alboroto por la notoriedad de los implicados, motivo por el cual el propio jefe de la policía del Distrito Federal, don Valente Quintana, se presentó y puso fin a la discusión entregando la pequeña a su madre. El hombre era muy eficiente, además de muy amigo de la pareja. Desafortunadamente para la niña, nunca volvió a ver a su padre.

Durante toda su vida lo recordó claramente, guardando en su co- razón la memoria de un padre amoroso al que nunca olvidó. Tiene en su mente bien grabada su figura de aquellos días en que llegaba cargado de regalos y con voz dulce le decía: "Ándele, m'ija, juegue con sus muñecas", al tiempo que la subía en la cama. Fue por ello que siempre estuvo a la búsqueda de su padre perdido. Recuerda que una vez, a los nueve años de edad y en compañía de su tía Delfina, encontraron a un amigo de su padre, un italiano de nombre Marcelo Carmeroti, quien preguntó por la suerte de su amigo Gumersindo. Ambas le contaron tristemente que, según

sabían por lo escrito en un periódico, a Gumersindo lo encontró muerto la policía, asesinado en un hotel de Piedras Negras unos tres años atrás. El amigo italiano, con cara de sorpresa, les comentó que eso no era posible, que él mismo lo había saludado apenas un año antes en España.

En cuanto llegaron a la casa, contaron a Margarita lo sucedido y surgió la duda sobre el fin de Gumersindo. Margarita solicitó a su amigo Andrés Medina que la acompañara a Piedras Negras a investigar sobre la supuesta muerte de su ex marido, pero la pesquisa no arrojó ningún indicio sobre crimen alguno. Nunca más se volvió a saber de él.

Así transcurrieron mis primeros años de vida y ésta es, brevemente, la historia de mi familia y su llegada a la ciudad de México. Yo soy Estela, hija de Margarita y Gumersindo, nieta de Genoveva, sobrina de Teresa y Aurelio, y de mi adorada tía Delfina. Soy quien, a mis ochenta y cuatro años de edad y a petición de mi nieta María Amparo, me permito escribir estas líneas tratando de sacar de este maravilloso cerebro hasta la última gota de mis recuerdos, motivada por el único placer de dejar constancia de mi paso por este hermoso camino que llamamos vida; camino de lágrimas y gozo, de tragedia y oportunidad, sin embargo, camino siempre feliz.

Gracias, amable lector, por tomarte unos minutos para leer un poco sobre estas experiencias de vida. Creo que los recuerdos, cuando se vierten en primera persona, se viven a plenitud e intensidad.

Bien dicen que recordar es volver a vivir, y yo nuevamente, con estas líneas, vuelvo a vivir, vuelvo a sentir, vuelvo a tocar a cada ser que estuvo presente en mi vida y que ahora sólo existen, muchos de ellos, en este gran baúl que es mi memoria. Por ello, amable lector, de ahora en adelante me permitiré hablar en primera persona.

Te contaré mi gran gusto por el cine y la música, momentos hermosos que a veces creo que son parte de un sueño, pero no, no fueron sueños ni fantasías ¡fueron momentos de vida!

Recuerdo que corrían los fabulosos años veinte y se oía hablar de Rodolfo Valentino, una de las primeras estrellas cinematográficas, junto con Charles Chaplin, Greta Garbo y Marlene Dietrich. Siguieron los treinta, y como aprendí a leer desde muy chiquita, todo lo de cine me interesaba. Por supuesto, vi la película Casablanca y Humphrey Bogart me parecía guapísimo. Desde pequeña tuve inquietudes frívolas, era muy precoz. Suele pensarse que el acompañamiento musical en el cine nació cuando se volvió sonoro. En realidad, las películas mudas, por lo general, mientras eran proyectadas se acompañaban con música, que iba desde una pianola hasta una orquesta; a mí me encantaba oírla. ¡Era apasionante!

Mi familia era muy unida y feliz. Todos tenían una ocupación. Delfina se casó con un telegrafista a quien le dio un infarto y quedó muerto sobre su escritorio. Quedó viuda y embarazada, el niño no conoció a su padre, pero fue un niño queridísimo por todos, muy simpático, de un carácter muy agradable y, sobre todo, adorado por Delfina, quien se consagró a él completamente y nunca se volvió a casar. Tenía sólo diecinueve años.

Mi madre Margarita se colocó en el hospital y llegó a ser jefa de enfermeras. Yo estaba en tercer año de primaria en el elegante Colegio Franco-Inglés, pero me tuvieron que sacar, pues ya no hubo dinero. Vivíamos todas en una casa con solamente dos cuartos, sin cocina, y aun así recuerdo que siempre estuvimos muy contentas. Mi madre tocaba la guitarra y, sinceramente, no cantaba mal las rancheras. A mí me encantaban esas tertulias, pues desde Genoveva hasta Carolina esperaban ansiosas el domingo para hacer la fiesta. Mi abuela era una excelente sastre, tanto, que siempre tenía clientela. ¡Ah, mi adorada abuela!... Inolvidable y respetable señora —Dios la tenga en el lugar que se merece—.

Corría la década de los años cuarenta, los Beatles eran desconocidos, Elvis Presley, creo que todavía ni nacía, no se conocía la mariguana, no había hippies, nadie hablaba del amor libre y los chavos se tapaban la cara para preguntar: “¿Quieres ser mi novia?” Las niñas

de ese tiempo éramos muy ingenuas. Usábamos faldas medio largas y suéteres que señalaban el busto, con lo que ya nos sentíamos unas vampiras. Íbamos al colegio uniformadas con faldas llenas de tablones y una blusa que, cuando nos veían nuestras maestras a la salida, casi nos ahorcaban. ¿Te acuerdas, Amparo? Íbamos a tomar nos un esquimo y a comprarnos unos pastelitos en la panadería La Polanco, claro que me acompañaban Laura, Ofelia, Panchita, Carito y otras amigas cuyos nombres ya no recuerdo.

Yo era la “disparadora”, pues como era la tesorera de la cooperativa, siempre me sobraba dinero, por eso me daba mucha importancia. Nos deteníamos en un puesto para admirar las fotos de Emilio Tuero, Tito Guízar, Fernando Fernández y demás artistas de moda. Al llegar la una de la tarde, prendíamos el radio para oír a Cri-Crí y nos emocionábamos al escuchar las canciones de Agustín Lara, Gonzalo Curiel y Gabriel Ruiz, canciones que hablaban de puritito y, eso sí, respetuoso amor. ¿Te acuerdas, Techa, que como a las siete de la noche me llegaba a través de la ventana un silbidito que provocaba que se me saliera el corazón, que el mundo me daba vueltas y las piernas me temblaban? Me asomaba a la ventana, pues era la hora de ver pasar a Enrique, hermano de quien ya sabes. Me hacía una señita y, solícita, le recordaba a mi abuelita que no había café ni azúcar, y me mandaba a la tienda de Angelita. ¿Te acuerdas que tú y las otras amigas me hacían burla por lo feo que estaba Enrique? Pero yo, encantada, siempre regresaba con una rosa y unos chocolates. Así era entonces, todas éramos muy románticas. ¡Ah, que tiempos!, pero todo eso quedó atrás, ahora ¡qué van a llegar escondiendo una rosa!

El año que estoy describiendo es el de 1932, cuando México no era ni la sombra de lo que es hoy. Era la época en que los hombres vendían en la calle gritando: “¡Tierra pa’ las macetas!”, ofrecían chichicuilotitos vivos y la gente cambiaba ropa vieja por algunos juguetes o ceniceros, floreros o chucherías. También traían una caja de lámina con melcocha y con un cincel la partían y cambiaban unos pedazos

por algunos trapos viejos. Se oían a lo lejos unos gritos que decían: “¡Algo que soldar!”, “¡caños que destapar!” y otros pregones que escapan a mi memoria; así era el México que yo recuerdo. El Zócalo era un inmenso jardín con bancos, donde la gente iba a pasear los domingos y se hacía el desfile del 16 de Septiembre. Cuando estaba en tercer año, me tocó desfilar y lo hice muy orgullosa.

Ese jardín desapareció y todo se llenó de cemento, ¡qué tiempos aquellos!

En ese entonces ya toda la familia vivía en México, también mi tío Aurelio, mi tía Teresa y sus tres hijos. Mis primos Luis, Chela y Tica habitábamos en una de aquellas vecindades, pero cada quien en su vivienda. Mi tío, para entonces, ya era teniente coronel y lo mandaron a Zacatecas como jefe de Tránsito. Debo decir que mi tío era hermano de Andrés García, cuñado de Luis García, entonces gobernador de Zacatecas, así que mi querida abuela y yo nos fuimos con ellos; nos sentíamos de la alta sociedad. Mi tía Teresa era una señora muy elegante que iba a la ópera y a los toros.

Cuando mi abuelita y yo llegamos a Zacatecas, mi tío nos fue a recibir a la estación. Me llevó cargando hasta la casa, todos me querían mucho y a mi abuela también. Nos integramos a la familia sin ninguna distinción. Altagracia se llamaba la hermana del gobernador y tenía cuatro hijos: Pepe, que fue un doctor muy importante, Bertha, Altagracia y la Chiquis. Como vivíamos enfrente, todos los chiquillos nos llevábamos muy bien. Recuerdo que la casa del gobernador estaba algo lejos de la ciudad, la llamaban La Filarmónica y en ella se hacían unas fiestas muy divertidas a las cuales asistía toda la familia. En fin... ésa fue una de las épocas más felices de mi niñez.

Yo tomaba parte en los concursos de carreras —fui campeona—, que se hacían en un parque muy grande llamado La Encantada. También participaba en los actos artísticos. Recuerdo que en uno salí vestida de rumbera, cantando y bailando una canción que estaba muy de moda y era nada menos que Palmeras, de Agustín Lara. Mi tío me tenía impresionada con su voz de barítono, le gustaba cantar

Granada; todas esas canciones se escuchaban en aquellos tiempos.

Como todos éramos amantes de la música, los domingos mi tía Teresa cantaba, acompañada de una amiga, el Dúo de Los patos de la zarzuela, La marcha de Cádiz, etc. Les puede parecer que les estoy hablando de la prehistoria, pero son recuerdos muy significativos, al menos para mí.

Como todo tiene un principio y un fin, mi abuela y yo tuvimos que dejar esa hermosa tierra de Zacatecas, donde fui tan feliz, el día que llegó una carta de mi tía Delfina en que le pedía a mi abuela que regresáramos, pues las cosas no estaban muy bien en la casa. Mi madre se había enamorado y se casó por segunda vez. Pedro Godínez se llamaba el nuevo marido. Como mi madre era la que mantenía la casa y la proveía de las principales necesidades —aunque las demás también trabajaban—, se sentían desprotegidas sin Margarita.

Llegamos a la ciudad de México y encontramos a mi mamá en la casa para explicarle a mi abuelita cómo estaba la situación. Hubo disgustos y llantos, pero al fin mi mamá convenció a mi abuela de que me dejara ir con ella. Ya he dicho que vivíamos en La Merced, en la calle Topacio; el Hospital Juárez, donde trabajaba mi mamá, estaba como a cuatro cuadras. Mi escuela estaba en una calle que hoy se llama Venustiano Carranza, pero entonces era conocida como Capuchinas, y la escuela tenía el nombre de Joaquín García Icazbalceta, donde también fui muy feliz tomando parte en todos los festivales, pues me encantaba. Mi sufrimiento era encontrar a mi abuelita llorando en la reja, a la hora de la salida, esperando verme. Hasta que un día ya no aguanté y me fui con ella, pues la extrañaba mucho. Mi mamá se quedó llorando.

En la calle donde estaba la escuela, es decir, en ese barrio, había muchos extranjeros: judíos, polacos y árabes; ahí conocí a varios jóvenes. Me hice amiga de una muchacha muy bonita. René Yaraon, quien tocaba el piano y me acompañaba a cantar, era de familia adinerada y tenía una casa muy grande en esa misma calle; cuando dejé esa escuela nos despedimos llorando. ¡No volvimos a vernos jamás!

Mi mamá se fue con su marido a Tecpan de Galeana a poner una descremadora, pero no aguantó mucho tiempo, a los tres años regresó con un niño de dos años y una niña de un año, mis amados hermanos Salvador y Cristina, a quienes adoro. Mi madre ingresó nuevamente a trabajar al hospital y seguimos nuestras vidas, con carencias, pero felices.

Regresaron a la ciudad de México el tío Aurelio, la tía Teresa y mis primos. Nos dio mucho gusto, pues mi tío era como el protector de la familia. En ese entonces ya era coronel, además de profesor de geografía en el Colegio Militar. Como el colegio estaba en Tacuba, la familia completa se mudó a ese barrio. Ellos vivían en unos departamentos que todavía existen en las calles de Golfo de México y nosotros, a la vuelta, en Golfo de Bengala.

Para entonces mi primo Benjamín, hijo de mi tía Delfina, ya era un joven con novia. Yo no me quedaba atrás, tenía un novio que era hermano de Cantinflas, Enrique Moreno, y era compañera de salón de Roberto Moreno, el hermano menor. Conocí a toda la familia Moreno, pues una Navidad fui invitada a su casa. Mario Moreno (Cantinflas) empezaba a tener éxito, trabajaba en una carpa junto a la delegación de Tacuba. El dueño era el señor Zubareff, padre de Valentina, con quien después se casó Cantinflas. Conocí a Pepe, Pedro, Catita y Esperanza, todos los hermanos de Cantinflas. La familia vivía en la antigua colonia Clavería.

Antes era el pueblito de Tacuba, hoy es delegación. Tenía mucho sabor a provincia, pero como pasaron para allá el cuartel de Transmisiones, se llenó de soldados y se acabó la tranquilidad. Había una panadería en la esquina de avenida Azcapotzalco, La Flor de Tacuba, y mi tía y yo solíamos pasar por esa calle, donde también había un estudio de fotografía. La señorita Negrete era la dueña. En una ocasión me fui a tomar una foto de ovalito para una credencial de la escuela y ¡cuál no sería mi sorpresa cuando la vi ampliada en la vitrina! La señorita Negrete me dijo que le gustó mucho y la sacó al aparador

para exhibirla. Al lado de mi foto estaba la de un muchacho, el más guapo que he visto. Desde ese momento quedé enamorada de él y le pregunté a mi tía: ¿Quién será ese muchacho? Cada vez que pasaba por esa calle echaba una miradita a la foto; aunque el recorrido de mi casa a la fotografía era bastante largo, no me faltaban pretextos para ir a visitar a mi amor platónico.

Para mí todos los días eran felices, me encantaba la escuela, tenía un montón de amigos y amigas, era la capitana del equipo de voleibol y a la salida nos encontrábamos en la cancha. Tengo muy bonitos recuerdos de mis compañeros, pues la escuela era mixta. No sé si todavía existe, alguna vez fue un convento, tenía muchos pasadizos y muchas escaleras, era muy grande y se llamaba “Lic. Joaquín Baranda”. Mi niñez en esa escuela está llena de hermosos recuerdos.

En la misma calle, o sea Golfo de México, había otra escuela, a la que iban los niños ricos del rumbo, y yo tenía mucha ilusión de entrar allí. Tenía un gran teatro donde cada ocho días los alumnos representaban alguna obra y, como era muy curiosa, no me faltó pretexto para entrar a conocer. Me gustó tanto que le dije a mi abuelita: “Quiero entrar a esa escuela”. Era de estudios superiores y, como ya había terminado la secundaria, quería estudiar para secretaria. Mi abuelita fue a ver a la directora y se arregló con ella pagándole con la hechura de uniformes para las alumnas. Aprendí muy pronto la taquigrafía y la mecanografía, pero no llegué a recibirme de secretaria. Más adelante sabrán porqué.

Un día estaba en mi ventana, cuando vi pasar a un joven a caballo; su cara se me hizo conocida. Era nada menos que el muchacho de la foto —el de mis sueños—. Me le quedé mirando, pero él se pasó como si nada. Al llegar a la esquina se regresó y paró el caballo. Dirigiéndose a mí, me dijo: “Yo a ti te conozco”. Con las piernas temblando y el corazón a punto de estallar, no me atreví a contestarle. Después de un silencio que se me hizo eterno, las palabras me surgieron. Le contesté: “Yo a ti también, eres el de la foto de la señorita Negrete”.

Soltamos la carcajada y se sinceró diciéndome que siempre tuvo ganas de conocerme, pero que no sabía dónde buscarme. Así de fácil se inició un romance que duró veintiocho años. Hasta que la muerte nos separó. Y aquí empieza una historia muy larga.

Después de varios intentos por encontrarnos, al fin coincidimos en la calle. En esa ocasión iba en un camión de carga, me invitó a subir, y como yo era tan inocente, me subí de inmediato, no era nada desconfiada. Me encantó su modo de ser, me pareció simpatiquísimo y muy inteligente. En lo que sí me superaba era en edad, él tenía veintiocho años. Cuando le dije que tenía catorce, sonrió y me dijo: "No importa, me gustas mucho y puedo esperar". El domingo siguiente hubo una kermés en mi escuela y fuimos los dos. ¡Qué divertido!, resultó un estupendo bailarín y yo no me quedaba atrás; fuimos una excelente pareja de baile. El problema ahora era ¿cómo le iba a hacer para verlo? Mi abuelita me tenía bien vigilada.

La escuela tenía una huerta muy grande. Yo me trepaba a un árbol y, del lado de la calle, él me esperaba con el camión. Las muchachas me ayudaban y me avisaban cuando terminaba el recreo; en cuanto sonaba la campana, me brincaba la barda. Hasta que un día me caí y me fracturé un brazo, llamaron a mi abuela y me descubrieron. Ese mismo día mi novio habló con mi mamá para pedir mi mano.

Toda la familia puso el grito en el cielo. Si yo era una criatura, ¿cómo era posible! Ni siquiera pensar en casamiento.

Pero ya estaba escrito que Rafael Torres de la Rosa y Estela Rentería se casarían contra viento y marea.

Estábamos en el tan esperado mes de diciembre. Todas las muchachas nos preparábamos para asistir a las posadas; en todas las casas se ponía el nacimiento, se cantaban las letanías y se arrullaba al niño el 24 de diciembre, se hacían buñuelos o tamales, se rompía la piñata, era el mes más feliz para los jóvenes. En la iglesia de San Gabriel se ponía una feria con sillas voladoras, rueda de la fortuna y muchos juegos mecánicos que eran la alegría de los niños. Ese día Rafael me invitó a dar una vuelta a la feria. Nos subimos a la rueda de la for-

tuna y, estando en lo más alto, me dio el primer beso y me juró amor eterno. Me sentí la princesa del cuento. Me llevaba a lugares donde yo nunca había ido. Íbamos a bailar al Ciro, que estaba en las Lomas. Allí tocaba la orquesta de Ernesto Rostro, Ray Carter y Luis Alcaraz. No podía creerlo, ¡los veía tocando en vivo! Era la música de Glenn Miller lo que estábamos escuchando y nosotros que éramos grandes bailarines, lo disfrutábamos al máximo. ¡Lo que más me gustaba en la vida era bailar! Había en la ciudad varios lugares exclusivos donde se podía ir a bailar y cada ocho días nos escapábamos, pues mi mamá daba su permiso para que yo saliera con él. Estábamos muy enamorados.

Cuando mi familia se percató de eso, decidió mandarme a Zacatecas para alejarme de Rafael. Entonces amenacé a mi madre: o me dejaba casar o me escapaba. Mi abuelita soltó el llanto. Después de llorar un mar, mi madre accedió. Cuando llegó Rafael, se lo comunicamos y, a los tres días, el 3 de febrero de 1939 nos casamos por el civil. Nadie fue a la boda, sólo mi mamá y mi primo Benjamín, pues toda la gente decía que era el mayor error porque yo era una niña; en el acta de matrimonio registraron que tenía dieciocho años. Rafael arregló para que no hubiera problema.

Mis compañeras de escuela y mis amigos fueron a la casa a felicitarnos. Rafael nos preguntó adónde queríamos ir a comer o a dar un paseo. Nos pusimos de acuerdo y le pedimos que nos llevara a la fábrica de chocolates Larín, que estaba en Miguel Schultz; así de ingenuos éramos, pero nos dimos gusto probando chocolates. Después nos llevó a comer a una cantina muy elegante que está en la calle de 5 de Mayo, La Ópera, y estuvimos encantadas. Había música y gente muy elegante. Rafael invitó a cinco amigos que hicieron el ambiente muy divertido y, además, comimos riquísimo. Incluso conocimos a una poetisa que estaba entre el público, no la olvidaré, era preciosa y muy agradable. Después supe que era muy famosa, hasta la fecha la sigo admirando, se trata nada menos que de Pita Amor. Me volví su fan y leí toda su historia

—interesantísima—. Tuve el gusto de tratarla en los últimos años de su vida.

Quedamos en casarnos por la iglesia el 26 de mayo, que era mi cumpleaños. Además, las familias tenían que conocerse. Se aproximaba la boda de mi cuñada Julia, a la cual estaba invitada toda mi familia. La única que aceptó la invitación fue mi mamá.

La familia de Rafael era muy numerosa. Su padre, don Eladio de la Rosa, llegó de España a establecerse en la ciudad de México; sólo lo conocí en fotografía, el señor ya había fallecido. Su esposa, doña Felipa Munciño, y sus hijos Dominga, Sofía, Eladio y la mayor, que era Catalina, en ese tiempo eran dueños de un terreno inmenso que abarcaba lo que es hoy Río San Joaquín, por donde está la Cervecería Modelo, hasta más allá de lo que es la colonia Irrigación. Vivían en una casa que ocupaba toda una manzana. El terreno lo sembraban y se dedicaban a fabricar tabiques, eran expertos. Le llamábamos “la casa grande”, había varios puercos, una cocina muy grande, donde estaban las molenderas, que hacían las tortillas, tostaban el café y molían en el metate, todas eran expertas en los quehaceres de la comida, todo lo que hacían era una delicia; allí preparaban el queso, la mantequilla, el chocolate. Cuando llegué a esa casa, Dominga ya se había casado, lo mismo que Sofía, y los que faltaban nos casamos el mismo mes. Pero nada salió como lo esperábamos.

Mi vida había cambiado radicalmente. Por momentos me sentía muy feliz, pues Rafael me colmaba de regalos y me llevaba a pasear, además estaba enamorada y era la envidia de mis amigos. Estaba segura de que él también me quería. Cuando pensaba en mis hermanitos, me soltaba llorando, pues los extrañaba muchísimo.

Una tarde llegó Rafael por mí para llevarme al cine. Mi mamá no me dejó y comenzó una discusión, porque él le reclamó que ya era su mujer y estaba en todo su derecho. Mi mamá se enojó mucho y lo corrió de la casa diciendo que habíamos prometido casarnos en mayo y que no saldría de la casa si no era casada por la Iglesia.

Como a las dos horas regresó Rafael con la policía y le dieron la

razón a él, pues, efectivamente, ya era su esposa. No recuerdo porqué Rafael llevaba una pistola, que dejó sobre la mesa de la sala. Cuando Rafael me tomó de la mano para llevarme hacia la puerta, mi mamá agarró la pistola y disparó dos veces. Uno de los tiros le dio a él un pequeño rozón en una pierna. La policía detuvo a mi mamá y se la llevaron a la cárcel. Para entonces ya se había juntado el vecindario y yo gritaba como loca al ver que se llevaban a mi mamá. Me volví contra él y le grité que ya no quería casarme, que lo odiaba y que lo dejaría si a mi madre le pasaba algo.

Ha pasado tanto tiempo de aquellos acontecimientos y, sin embargo, los tengo tan presentes... Cómo debió haber sufrido mi mamá para tener una reacción así, y como no existía una figura masculina que nos defendiera, la impotencia la llevó a actuar de esa forma. Rafael caminaba con dificultad, pues le salía mucha sangre de la herida y yo no sabía qué hacer. Me tomó de los brazos y me estrujó diciéndome que si no me iba en ese momento con él, mi madre no saldría de la cárcel. Estaba espantadísima y le aseguré que me iría con él en cuanto la viera a salvo. Mandó traer un abogado y absolvieron a mi mamá inmediatamente. Él me llevó con una de sus hermanas, Lupe, casada, quien me recibió muy bien, lo mismo que su esposo Mauro. Ahí debía permanecer hasta que me casara por la Iglesia la próxima semana. Su familia estuvo de acuerdo en adelantar la boda religiosa. Desde ese momento llegué a formar parte de la familia De la Rosa. Quizá porque estaba muy joven y no comprendía la gravedad de mi situación. Mi suegra tenía cuatro hijos más chicos que yo y me llevé muy bien con ellos, nos llegamos a querer como hermanos. Mi suegra me trataba como si fuera su hija, también me regañaba como a las de-más. Creo que quise a mi suegra tanto como a mi mamá. Toda la familia me trató siempre muy bien. Estoy agradecida.

Llegó el día de la boda. Mi familia no quiso ir, sólo mi mamá y mis hermanitos. Salí de la casa de mi cuñada siendo una señorita.

La luna de miel fue en Acapulco. Estuvimos ocho días y nos di-

vertimos de lo lindo, pues no conocía el puerto. Tenía sentimientos encontrados cuando me acordaba de mis hermanitos.

Íbamos de regreso a la ciudad de México muy contentos por la carretera, cuando de pronto había en el parabrisas un montón de pollos. Delante de nosotros iba un camión cargado de pollos; nunca supe qué pasó, pero los pollos se salieron del camión y taparon el parabrisas. Rafael perdió el control del vehículo y se impactó contra el borde de la carretera; el auto se volteó, perdí el conocimiento y desperté cuando iba en una ambulancia con las piernas cubiertas de sangre. Casualmente fui a dar al Hospital Juárez, donde trabajaba mi mamá. Fue una fractura terrible, tenía la rótula de la pierna izquierda completamente destrozada y una herida de la rodilla hasta la cadera; el dolor era insoportable. Me llevaron al quirófano y no volví a saber de mí hasta que estaba en un cuarto del hospital. Seguramente transcurrieron como diez horas, pues ya era de noche. Mi madre y toda la familia estaban muy afligidos, odiando a Rafael, pues lo culpaban de lo sucedido. Pasé cinco meses en el hospital, se me infectó la herida, perdí la rótula y me enyesaron la pierna. Mi mamá decidió llevarme a la casa con las piernas enyesadas. El primero de mis hijos no se hizo esperar. Mi situación no podía ser más crítica, ¿cómo pasaría todo el tiempo que duraba el embarazo sin moverme? Todo era un caos. A Rafael no lo dejaban entrar a verme. Mi primo Benjamín nos llevaba las cartas que nos escribíamos. Sufríamos al no poder vernos, pero mi mamá odiaba a Rafael con toda su alma. Tuvo que intervenir el cura que nos casó para que mi mamá le permitiera la entrada. Pasaron los meses y un día amanecí sintiéndome terriblemente mal, así que el doctor Gilberto Sousa le dijo a mi mamá que tenían que violentarme el parto. Me faltaban dos meses, pero estaba a punto de venirme un ataque de preeclampsia y había que tomar la decisión: mi hijo o yo. En la recámara más grande improvisaron la mesa de operaciones. Mi mamá aplicaría la anestesia, mi tía Delfina, que también era enfermera, asistiría al cirujano. Cuando desperté de la anestesia, tenía a mi niño junto a mí.

Mi hijo nació con ayuda de fórceps y no respiraba, creyeron que estaba muerto y lo colocaron en una cama que había en el cuarto. Se me presentó una hemorragia terrible que no podían contener, además del problema de la pierna; dicen que pasaron como tres minutos hasta que el niño comenzó a llorar para el asombro de todos. Mi primo Benjamín lo envolvió en una sábana y lo cargó, fue toda la atención para el niño. ¡Un milagro! (21 octubre de 1939).

El domingo amaneció el cielo nublado, como adelanto del invierno. Yo estaba sumida en un dolor terrible y —lo que es la falta de razonamiento— lo que más me dolía era que ya no podría bailar. Los médicos aún no sabían si me cortarían la pierna, pues la infección no cedía.

Como no podía amamantar al niño, mi esposo consiguió una nodriza. Mi hijo era un verdadero muñeco, toda la familia lo adoraba. No podía más con mi angustia, pasaban los meses y seguía postrada en la cama.

Esa noche Rafael habló con mi mamá y le pidió que me dejara ir con él, que él se haría cargo de mi tratamiento. Como era de esperar, mi mamá se puso furiosa y le dijo que no se lo permitiría nunca.

Al otro día, mientras mi mamá se iba a trabajar y mi abuelita al mandado, Rafael se brincó por la ventana y se llevó al niño. Por más que grité, nadie me oyó. Me amenazó para que me fuera con él, reclamando su derecho de esposo y padre: “El día que quieras vengo por ti, en mi casa todos te quieren mucho y ellos te cuidarán”.

A pesar de lo mucho que quería a mi mamá, a mi abuelita, a mis hermanos y a mi tía Delfina, que fue mi segunda madre, tomé la decisión de volver con Rafael.

Un día llegó acompañado de su tío Eladio, que era una magnífica persona, y con una orden judicial. Y así, en una camilla, con la pierna enyesada, me llevaron. Lloraba porque me iba, pero también estaba contenta porque iba con el hombre al que amaba y con mi hijo. Me recibieron con una fiesta, llevaron a un guitarrista, pues sabían que

a mí me gustaba cantar. Rafael no salió en ocho días para brindarme tiempo y platicar, pues casi no habíamos tenido ocasión de hablar de nosotros. Entonces supe que cuando vio mi retrato en aquel establecimiento se dijo que con esa mujer se casaría. Nunca imaginó que era casi una niña, en la fotografía no aparentaba esa edad. Efectivamente, era una muchacha muy desarrollada para mi edad, a ninguno nos importó la diferencia de edades, aunque fuera muy evidente, pues Rafael siempre aparentó más. Cuando nos casamos, él tenía veintiocho años y yo catorce, pero era un hombre tan guapo... Mi bebé era la sensación y ambos nos volvimos parte de la familia. Estoy hablando de la casa grande de la abuela; en el mismo terreno todos sus hijos hicieron sus casas.

Así transcurrió mi adolescencia. Fueron dos años de luchar contra la desgracia de mi pierna, de ir de un médico a otro, pues tenía la pierna completamente rígida, no podía estar de pie porque me dolía de manera horrible. En ese tiempo no estaba la ortopedia tan adelantada como ahora.

El negocio de los hornos era muy bueno. Rafael tenía once y siete camiones, así que podíamos gastar sin culpas en médicos.

Un día fui al Sanatorio Español a ver a un gran traumatólogo llamado Alejandro Velasco Zimbrón, muy famoso por haber realizado notables operaciones. Estando sentada en una banca del jardín, vi entrar al doctor José Castro Villagrana, el que le dio el trabajo a mi mamá en el Hospital Juárez y que me estimaba bien porque, en las canchas del hospital, jugaba tenis con su hijita, que tenía mi edad, y muchas veces me invitó a comer a su casa. Me preguntó qué hacía allí y se sorprendió de verme en ese estado, con muletas y muy delgada. Le expliqué mi situación física.

Al día siguiente el doctor platicó con mi mamá y le hizo ver que mi marido parecía buena persona y que se notaba que me quería mucho. Le sugirió también que me llevara con él para revisar mi caso.

Así regresé al hospital y tuve oportunidad de arreglar las cosas con mi madre. Me operaron y después de casi un año de terapias

pude ponerme de pie y flexionar un poco la rodilla. Me sacaron grasa del músculo para ponérmela en la rodilla, esta operación se llama ortoplastia. Claro que me quedó sumido el muslo izquierdo, una cicatriz de la rodilla a la nalga y cojeaba un poco, pero al fin pude caminar. Esto no me dio vergüenza, ni tampoco usar bastón, muletas ni silla de ruedas, que también la he usado. Nunca estuve triste por ese motivo. Creo que la vida se compone de momentos tristes y alegres, hay que aprender a superar los tristes. Éste fue tristísimo, porque tuvieron que tratarme hasta con morfina por los dolores tan tremendos que me daban.

Mi familia estaba contenta porque me vio de pie tratando de caminar, lentamente fui mejorando hasta hacerlo sin ayuda de mu-letas.

Rafael fue fincando poco a poco una casa donde pudiéramos vivir todos los miembros de la familia, hasta mis hermanos y mi mamá, pues para entonces ya se habían limado asperezas.

En esta casa se hacían, con cualquier pretexto, grandes fiestas. A mi primer hijo lo bautizamos con el nombre de Baltasar, en memoria del abuelo de Rafael. A los tres años nació una linda niña a la que llamamos Judith, a los dos años, Rafael, a quien hasta a la fecha le decimos Negro. Al año de nacido Rafael, llegó Héctor, a quien llamábamos el Güero; a los dos años, mi hija Estela, la más bonita de mis hijas, y cuando cumplí veintiséis años, nació Noemí. Como todas las madres, siempre consideré que mis hijos eran los más bonitos.

Así fue transcurriendo el tiempo, con todos los problemas que tiene una familia numerosa, y me sentía la mujer más feliz del mundo.

Los De la Rosa eran aficionados a la cacería, así que cada ocho días nos íbamos a cazar conejos adonde ahora es Bosques de las Lomas. Teníamos siete perros y era un verdadero ritual ir de cacería. Debo confesar que mi marido no era un ejemplo: era mujeriego, parran-dero y jugador, pero yo ya había aprendido a manejar la situación. Tal vez no estaba tan enamorada como creía.

Los hornos de tabique estaban en Naucalpan, en un lugar que

se llamaba Cañitas. Era un grupo como de cincuenta productores que habían estado explotando la tierra para hacer los tabiques. Un día llegó el ejército y expropió el terreno de los hornos con toda la producción y los camiones que estaban adentro, fueron muchos los productores que se quedaron en la calle, no nos dejaron sacar nada y ahí empezamos a sufrir. Nuestros hijos estaban en edad escolar y nosotros sin nuestra fuente de ingresos. Hipotecamos la casa. Mi esposo empezó un negocio de introducción de ganado. Todo iba muy bien, hasta que en un viaje en que traía puercos de Durango, se le ahogaron en el camino por tanto calor que hacía; no pudimos pagar la hipoteca y tuvimos que dejar la casa para rentar una, pero mi esposo se enfermó y duró un año sin poder trabajar.

Mis hijos habían crecido y comenzaron a trabajar. Nos cambiamos a San Pedro de los Pinos, a una casa muy bonita, y entre todos pagábamos la renta. Puse una tienda de ropa para niños en la calle de Tíber, y mis hijas un salón de belleza en Río Guadalquivir y otro en Ejército Nacional. El 11 de septiembre mi Güero murió en un accidente. Chocó el coche que venía conduciendo, y cuando llegué a la cruz verde, estaba en coma; no pude hablar con él. Al poco tiempo, mi esposo empezó a enfermar. Le vino un ataque de uremia, estuvo hospitalizado un mes y finalmente falleció el 18 de diciembre de 1966.

Estos dos golpes tan seguidos me llenaron de dolor, del cual todavía hay secuelas.

Después de vivir veintiocho años con una pareja, me sentí la más desamparada de las mujeres y, además, perder un hijo casi al mismo tiempo fue devastador. Entonces descubrí mi fuerza interior y acordamos trabajar todos para seguir adelante.

Vivíamos en Santa Mónica, Estado de México, pero no pudimos seguir pagando la casa. Nos mudamos de nuevo a la ciudad de México y rentamos un bonito departamento en la colonia Anzures. Mis dos hijos varones decidieron ir a Estados Unidos y mis hijas atendían cada quien su negocio.

La mayor de mis hijas se casó con un hombre muy importante que la tuvo viviendo como reina. Yo seguí luchando. Tuve varios negocios, siempre con la ilusión de mejorar, pues quería que mis hijas tuvieran un buen círculo social. Tenían un buen empleo y ganaban bien, se enamoraron y se casaron. A Noemí le duro muy poco su matrimonio, Julio era un buen hombre, pero ella era ambiciosa.

Encontró un trabajo con unos arquitectos muy famosos, se compró un departamento y un auto; esos hechos la hicieron sentirse una mujer realizada e independiente. Estela se mudó al estado de Hidalgo, a Pachuca, la capital, y puso una tienda de la Conasupo. Hasta la fecha sigue viviendo ahí. Su esposo ya murió, tiene dos hijos. Su hija la mayor está casada y ya es abuela, el menor está estudiando la universidad y creo que son felices.

Han pasado cuarenta y dos años de mi vida. Mi familia ha tomado su rumbo. Creo que he cometido muchos errores (soy humana), he luchado por hacer a mis hijos felices y personas de bien, no sé si lo logré. Hasta ahora he respetado lo que ellos han escogido para sus vidas, porque pienso que los seres humanos nacimos libres y cada quien es lo que quiere ser. He procurado que la gente que vive cerca de mí se sienta feliz, como yo me he sentido viviendo junto a ellos, dándoles todo mi amor que, a fin de cuentas, es lo único que he tenido para darles. Aunque ya no están conmigo, cuento con su apoyo, su cariño y su protección. Estoy orgullosa de mis hijos, los amo y los bendigo. Doy gracias a Dios por habérmelos dado.

Hasta este momento tengo tres nietos, dos mujeres y un hombre; una es de la mayor; el hombre, de mi hijo Rafael, y la otra niña, de Estela.

Me siento con mucho futuro, con mucho ánimo de vivir y me pregunto: ¿no estaré loca? Tengo un local en las calles de Tíber y Reforma al que, temerosamente, le puse un letrero luminoso que dice: "Alta Costura". Me ha gustado mucho la confección, les hacía la ropa a mis hijos, desde que mi suegra me enseñó. Solicité a una escuela de corte muy famosa unas modelistas que se acabaran de

recibir, y me dio magníficos resultados. Esta colonia está llena de oficinas, gente de cine y teatro, que pronto se hicieron mis clientes. Yo, sin embargo, todavía esperaba otra oportunidad, aunque no sabía cuál, quería sacarle a mi vida el jugo que me quedaba. Tenía muchas ilusiones y no sabía cómo hacerlas realidad.

Mi tienda era muy chiquita, tendría tres por tres metros, y siempre tenía que tener empleadas que supieran más que yo, pues no era ninguna experta. Claro que para mí sola era suficiente, pero no estaba conforme.

En la planta alta de mi tienda vivía una familia de la cual me siento honrada de ser su amiga, en particular de la señora Angelina Guerrero, que hasta la fecha es mi queridísima amiga.

Ella tenía un restaurante en la esquina de la calle, en la parte baja de un bar llamado La Concordia, donde había variedad con los cantantes de moda. A veces iba a comer al restaurante de Gela —así le decimos— con su esposo don Joaquín y sus hijos Joaquín y Javier, muchachos a punto de recibirse.

Por Gela conocí a la señora Sara María Pani, esposa de Carlos Pani, dueños de la famosa agencia Pani Publicidad. Gela, Saris y yo éramos inseparables. Como yo vivía sola, Saris me invitó a vivir a su casa, donde tenía mi recámara y todas las comodidades. Esto fue porque me pidieron el local de la tienda. Saris habló conmigo y me ofreció trabajo en la agencia. Me sorprendí, porque yo no sabía nada de publicidad. Me puso en la recepción y tomé unas clases de publicidad; llegué a ser ejecutiva de ventas. Estaba feliz con mi nuevo empleo.

Cerca de la agencia encontré un departamento no muy caro donde recibir a mis hijas y la pasábamos muy bien.

El tiempo siguió su marcha. Recibía cariñosas cartas de mis hijos en las que me decían que les iba más o menos bien. El Negro se fue con el objeto de estudiar inglés, pues quería estudiar turismo, y Baltasar se dedicaba simplemente a las relaciones públicas, pero como era muy listo, siempre le iba bien. Noemí, para entonces, ya se había divorciado y estaba trabajando en Cancún en el Holiday Inn,

vendiendo tiempo compartido.

Sara María tenía una amiga en Washington, D.C., que era dueña del famoso restaurante mexicano Río Grande. Lucy, como se llamaba su amiga, era hija de un matrimonio que se fue a radicar a Estados Unidos y puso un changarrito de comida mexicana que llegó a ser muy importante —en una ocasión llegó a comer el presidente Kennedy— y estaba en un lugar precioso, Rockville, en el estado de Maryland. Dentro del bosque tenía tres salones donde siempre había música. Los padres de Lucy estaban ya muy viejecitos y ella sólo tenía una hermana, que era monja y vivía en un convento de carmelitas descalzas, en el pueblecito de Frederick, adonde Lucy y yo llevábamos cada semana una despensa.

Cada vez que Lucy venía a México, me pedía que me fuera con ella a trabajar a Maryland. Saris me animó mucho, pues no conocía nada de Estados Unidos y me pagaría estancia, avión, comida y sueldo; era una magnífica oferta. Para entonces yo tenía cincuenta años y mis hijos me decían que ya no era tiempo para eso. Según ellos era una locura, además no conocía el idioma. Como ya no tenía a quien hacerle falta, me empeciné y me dije: “Estela, éste es el verano de tu vida”. Saris tiene una hija que es un amor, Cris-tina, que acababa de casarse con el doctor Francisco Pinan, que también fue mi amigo querido, y me apoyaron acompañándome hasta Washington. Me fui, aprovechando el afecto que esta familia me tenía y mi buena suerte, ya que la gente siempre me tomaba mucho cariño. En verdad, a lo largo de mi vida nunca tuve enemigos, puros amigos, gracias a Dios.

Llegamos en avión hasta Pensilvania, estuvimos dos días paseando y luego nos fuimos en ferrocarril a Rockville, donde Lucy ya nos estaba esperando.

Lo que me esperaba no lo podía creer. Tenía una recámara con vista al bosque y una camioneta a mi disposición. Lucy me otorgó la primera semana de mi llegada para que me adaptara y conociera lugares. Yo sería la recepcionista y no se necesitaba mucho inglés para eso; además, en las noches me ponía a estudiar lo más indis-

pensable.

Esa semana nos fuimos a la montaña de Filadelfia, donde un amigo de Lucy tenía un rancho, y la pasamos de película. Yo pensaba que la ayudaría en la cocina y me llevé un montón de recetas para lucirme, pues la cocina es uno de mis fuertes, pero no tuve oportunidad de hacer ningún guiso, porque había una cocinera muy buena, cuatro meseros y cuatro mujeres más en la cocina. Además, nada de cocina mexicana. La comida se componía de tostaditas con frijoles y lechuga, arroz, tamales y frijoles. No se imaginan la cantidad de clientes estadounidenses que tenían. Sería interminable si les contara todas mis impresiones.

El espectáculo que veía desde mi ventana no lo olvidaré. Como estábamos dentro del bosque, veía correr a los mapaches, las ardillas y, cuando empezaba a llover, los árboles se cubrían de agua; después hacía un frío terrible y el agua de los árboles se cristalizaba, los veía como si fueran de vidrio. Era un bosque de cristal —me faltaría papel para expresar lo que sentía—, para mí todo era nuevo y sorprendente.

Cristina, la hija de Saris, estudió en Washington y vivió en la casa de Lucy, así que ella estaba encantada y se quedó un mes. Paseamos todo lo que pudimos. Conocí Nueva York, estuve en el Waldorf Astoria, Manhattan, Virginia, Washington, D.C., y todos los pueblos alrededor del restaurante.

Claro que extrañaba mi México, a mis hijos, a mis hermanos y a toda la familia. Recibía cartas cariñosísimas de todos (todavía las conservo). En ese viaje me percaté de lo inmenso que es este mundo, y los recuerdos son imborrables, lugares como la Casa Blanca, el Museo del Aire, y tantas cosas y lugares que se quedaron para siempre en mi memoria.

El día de Acción de Gracias es el más importante en Estados Unidos, así que se hacía una gran cena y todo el país se paralizaba, al menos un par de días.

Las navidades para mí eran tristes, pues nunca las había pasado fuera de mi casa. Ese día sonaba el teléfono todo el tiempo, y cuan-

do no era un hijo, era otro o mis hermanos. Fuimos otra vez a Nueva York. El árbol de navidad del Centro Rockefeller me dejó con la boca abierta, por donde quiera encontraba a Santa Claus y el espectáculo de la nieve es incomparable, nunca terminaba mi asombro, ya que no era una persona acostumbrada a viajar. Repito, estas escenas han quedado para siempre en mi memoria y en mi corazón.

Hubiera querido que mis hijos estuvieran conmigo en esos momentos. Afortunadamente, todos tuvieron los medios para salir del país a conocer otros lugares del mundo.

Han pasado cuatro años, ya no puedo esperar más para regresar, he paseado mucho, me he divertido lo suficiente y he gastado también mucho. Ya no resisto más sin ver a mis hijos.

Las personas de aquí me agradaron, son amables, respetuosos. Tuve mucha suerte, pues me habían contado todo lo contrario.

Después de discutir con Lucy acerca de mi regreso, logré vencerla, pues no quería dejarme ir. Me compró mi boleto de ida y vuelta. Llegué a México. Mis hijos me estaban esperando en el aeropuerto, y en casa, una gran fiesta. Me prometí no regresar a Estados Unidos, pues me estaba perdiendo lo principal de la vida en familia. Me encontré con nietos que no conocía y me sentí la más feliz.

Entré de nuevo a trabajar a Publicidad Pani, pero esta vez trabajé con el director de Arte, mi gran amigo Rubén Tapia. Salía con él a filmar los comerciales en exteriores y a todos los eventos que hacían las grandes revistas en los mejores hoteles; conocí a mucha gente importante.

A ésta la llamo la "primera etapa" de mi vida, pues mi ánimo seguía como si tuviera veinte años.

El tiempo ha sido piadoso conmigo, siempre he aparentado menos edad de la que tengo y, no es por presunción, pero mis hijas parecían mis hermanas. He tratado de cuidarme lo más que he podido, con la ilusión de que no me falte el trabajo.

Había en la calle de Lerma un restaurante que me gustaba mucho. Un día mi hermano me invitó a comer y le pedí que me llevara allí. Era un lugar chiquito, con catorce mesas y una barra grande, era más o menos estilo Sanborn's y en una pared tenía pintada la Fuente de Trevi. La dueña era una señora que trabajó en Sanborns muchos años, pero ya estaba cansada y lo quería vender. Cuando volví a ver a mi hermano le platicué de mi interés. Él era entonces contralor de la constructora ICA y ganaba muy bien. De pronto me dijo: "Pregúntale cuánto quiere". Me sorprendí. "¿Lo quieres comprar?" Me contestó afirmativamente y que seríamos socios, él pondría el dinero y yo lo administraría. A la semana siguiente se hizo el trato y pasé a ser empresaria a medias. Tuve mucho éxito. La Comisión Federal de Electricidad estaba a una cuadra y la mayoría de los empleados iba a desayunar; abría el negocio a las seis de la mañana. Para esta fecha mis hijos ya habían regresado de Estados Unidos. El Negro puso una fábrica de ropa deportiva y no le iba mal, Baltasar se dedicaba al comercio y le iba regular. Mis hijos y yo nos reuníamos cada ocho días en el restaurante. El negocio tenía éxito, pues había buena comida y los precios eran accesibles. Compré un órgano y contraté a un músico para amenizar. En la Comisión Federal había amantes de la música y unos ingenieros formaron un grupo de guitarristas que se nombró Los Mexicas. Eran unos jóvenes hermanos a quienes les gustaba ir a tocar un rato, lo hacían muy bien y ahora son famosos. Entre Los Mexicas había un miembro del grupo que trabajaba en la Comisión Federal, lo conocía desde hacía tiempo, y tenía un sobrino a quien quería mucho, jefe de compras de Pemex. Me platicaba mucho de su sobrino, que tocaba maravillosamente la guitarra y lo admiraba mucho. Cerraba el restaurante a las seis de la tarde. Únicamente los jueves y viernes eran sociales, y la gente de la Comisión Federal, que era amante de la música, iba a cantar. Era muy divertido, la pasábamos muy bien. No había bebidas alcohólicas, pero sí cerveza y vino de mesa.

Los muchachos de la Comisión Federal llegaban a desayunar con

sus niños, me los dejaban y una mesera los llevaba a la guardería. Todos nos conocíamos, podría decirse que parecíamos una familia. El restaurante se llamaba El Richard, se hizo famoso y fue muy concurrido. Después de las seis de la tarde se había hecho una costumbre que llegaran con su guitarra y se hiciera la tertulia hasta las diez de la noche en que cerrábamos.

Una de esas tardes en que estábamos en la reunión, llegó el señor Marco Antonio Robledo buscando a su tío Marco Antonio Cantero, a quien yo llamé siempre señor Cantero, pues él me trataba con mucho respeto. Era el que siempre me acompañaba con la guitarra, pues tocaba precioso. Marco, su sobrino, acababa de llegar de Brasil y quería saludar a los amigos que sabía se reunían en El Richard. El señor Cantero hizo las presentaciones y yo no le di importancia al nuevo cliente, pero en cuanto lo escuché tocar la guitarra quedé fascinada. Desde ese día ya no faltó a las tardeadas y nos acomodamos muy bien en eso de la cantada.

Marco Antonio es un tipo alto, de un metro ochenta, delgado, muy simpático, con mucho sentido del humor, muy educado y espléndido. Tiene cuarenta años, es soltero y sin compromiso, así que era uno de los hombres más codiciados del grupo, pues había como cincuenta solteras o divorciadas que andaban tras él.

Él era muy cortés, a todas cortejaba y no dudo que haya salido con algunas. Cuando llegamos a salir, siempre íbamos en grupo, pero yo notaba que me tenía muchas atenciones. Eso me divertía, pero nunca me había fijado en hombres más jóvenes que yo.

Después de cortejarme mucho tiempo, como año y medio, un día, como a las once de la noche, me llamó para invitarme un café. Me dijo que se sentía muy solo y necesitaba hablar con alguien. Yo me sentía igual, así que acepté. Me agradó mucho su conversación y su forma de tratarme, seguimos saliendo y, cuando nos dimos cuenta, ya no podíamos dejar de vernos. Lo primero que le aclaré fue mi edad, le llevaba veinte años. Él me dijo que eso no le importaba en lo más mínimo, pero mis hijos se dieron cuenta

y pusieron el grito en el cielo. Para entonces, el restaurante ya era absolutamente mío. Mi hijo, el Negro, me dio un millón de pesos para que se lo pagara a mi hermano. Eso le hacía sentir con mucho derecho para reclamar; él me dio la mitad, la otra, se la pagué a mi hermano en abonos, pero al Negro era lo que menos le importaba; no podía aceptar que yo anduviera con alguien. Mis dos hijos se enfrentaron a Marco Antonio y lo amenazaron: no querían volver a verlo rondando el restaurante. Él nunca hizo caso, por más que le insistí. Un día que estaba allí, llegó el Negro y destruyó todo el negocio. Con una silla rompió el espejo de la barra, copas, vasos y cuatro refrigeradores. El lugar quedó como si hubiera habido un terremoto. Me salí y me llevé a Marco Antonio a la fuerza. Cuando estábamos en el coche, me dijo: "Toma las llaves de mi casa. Desde ahora es tuya. Vente conmigo y déjales todo. No soy rico, pero nunca te va a faltar nada". Desde ese momento me salí de mi departamento y se lo dejé a Baltasar. Me fui a vivir con Marco Antonio. Estaba muy lastimada, pues además de destruir el lugar, me insultaron y me ofendieron. Me salí sólo con lo que traía puesto. Marco Antonio no me dejó sacar nada.

Nos fuimos a vivir a Cuernavaca, donde él tenía una casa. Luego la vendimos y con el dinero nos paseamos dos años. Fuimos a dar hasta Colombia. Me costó mucho trabajo dejar mi casa, mi estatus social, mi negocio. Fue una decisión muy difícil, pero creo que me enamoré perdidamente. Había nuevas sensaciones dentro de mí, que me llenaban de felicidad y que nunca antes había sentido. Tenía los pies en la tierra y sabía que no duraría mucho el romance, aun así me arriesgué. La única que me hablaba era mi hija Estela, que seguía viviendo en Pachuca. Ella ha sido la más comprensiva; su esposo se hizo muy amigo de Marco Antonio.

Un día Marco Antonio me dijo: "Te voy a presentar con mi familia, quieren conocerte". Lo encontré de lo más natural. Ya habíamos platicado a ese respecto, aunque me imaginaba lo que dirían acerca de mis años y mi defecto físico, pero estuve en la mejor disposición

para ir a conocerlos.

Estaba toda la familia reunida y me recibieron muy bien. Su papá, Edmundo Robledo, su mamá, Alicia de Robledo, y siete hermanos, cuatro hombres y tres mujeres; era una familia completamente musical, todos tocan la guitarra y de toda reunión hacen una fiesta, así es que yo me integré y la pasábamos de maravilla.

Nos caímos muy bien. Hasta la fecha nos seguimos queriendo y no ha habido ningún problema. En ese tiempo, por razones del destino, estábamos viviendo en Tequisquiapan, donde permanecimos dos años.

Me siento plena, estoy comenzando una nueva vida en Tequisquiapan con Marco Antonio. Decidimos que era un lugar agradable para establecernos temporalmente. Además, se presentó una oportunidad de administrar el restaurante del club de golf. Mis cinco hijos tienen vidas distintas, cada quien en su lugar: Judith tiene la casa que siempre soñó y vive al lado de un hombre que la ama; Noemí está trabajando en Cancún y disfruta de la vida en esa parte del Caribe mexicano. Como dicen, no existe la felicidad completa. Judith me avisa que su marido ha muerto. Empieza la tragedia, parto a la ciudad de México para acompañar a mi hija y a mis nietos. La muerte la tomó desprevenida, era un hombre muy joven. Mi hija no encuentra resignación y busca desesperadamente explicaciones a este fatal hecho. Al llegar Noemí a México, logré percibir que había algo extraño en su semblante; eran los primeros indicios del cáncer. Después de estar un tiempo en la casa de mi hija Judith, regresamos a Tequisquiapan, y Noemí se fue a vivir con Estela a Pachuca.

Tuvimos que cambiarnos a Pachuca. Noemí no se ha sentido bien y quiero estar cerca de ella. Después de practicarle varios análisis y pruebas, se determinó que mi hija tiene cáncer. Hay que operar y extraerle la matriz.

El 19 de septiembre pude verla antes de que la llevaran al quirófano. Me tomó de la mano y me dijo: "Qué bueno que viniste, todo va a salir bien", pero ella estaba más espantada que yo.

Luché por mantenerme serena, pues tenía que ser fuerte. Lupe, la esposa de mi hijo el Negro estaba conmigo y se le notaba la aflicción. Noemí volvió a tomarme de la mano y me la besó. Supuse que estaba bajo el efecto de sedantes muy fuertes y, a pesar de eso, tenía miedo. Se me hizo una eternidad. El quirófano se abrió para dar paso a la camilla donde traían a mi hija. Me llamó el doctor para decirme las palabras más horribles que he escuchado: "Su hija tiene cáncer, aquí está su matriz. De todas maneras la vamos a mandar al laboratorio para estar absolutamente seguros. Fue muy a tiempo su operación". El pedazo de carne que me mostró estaba negro. Aunque me dijo que ya no había peligro, no sé porqué estoy muy preocupada, ya quiero ver los resultados de los análisis. Tiene un gran poder de recuperación. Se bañó, se arregló y empezó a dar pasos por el cuarto. Dice el doctor que mañana la da de alta, ¡bendito sea Dios! Llegamos a casa, está muy contenta. Su herida está cicatrizada, mañana sabremos el resultado de los análisis.

El doctor habló para que mi nuera Lupe y yo fuéramos al hospital. ¡Horror!, hay más cáncer. Tienen que operar de nuevo para hacer una exploración. ¿Cómo se lo vamos a decir? El doctor Garduño siente aprecio por Noemí (fue su último amor), dijo que él iría por la noche a hablar con ella. A ella sólo le dijimos que habíamos invitado a cenar al doctor. Ella misma preparó todo. Después de cenar, Noemí le preguntó si podía ir a Acapulco, pues se sentía muy bien. No estuve presente. Cuando regresé, se me quedó viendo y me preguntó: "¿Ya oíste cuándo me vuelven a operar? La semana que entra, pero quiero que me opere mañana mismo. En este momento me voy al hospital para que me preparen". Creí que iba a soltar el llanto. "Ni modo, madre", me dijo. ¡Caray, qué va-lor! Mañana le van a hacer la cirugía de exploración. La veo preocupada, lo mismo que yo, pero las dos tratamos de engañarnos sin conseguirlo. Estoy sumamente preocupada, llena de temores y presentimientos. Vinieron por ella a las ocho de la mañana. Lupe está conmigo. Vi entrar al doctor Garduño al quirófano con otros tres médicos. Le pregunté a la doctora Violeta

quién era el oncólogo. No me inspiró nada de confianza, incluso me resultó antipático. Dice la doctora que es una eminencia.

No sé porqué estoy pensando que debimos haberla llevado a oncología. Tengo un miedo terrible, ojalá esté equivocada.

En el pasillo junto al cuarto hay un cuadro de la sagrada familia; con los ojos llenos de lágrimas le pedí que le devuelva la salud a mi hija, que salga bien de la operación. No sé cómo voy a resistir la espera. Es un alivio escribir estas líneas, qué bueno que traje mi libreta, es un desahogo. Llegó el Negro. Estaban en el cuarto cuando llevaron a Noemí. Su aspecto era el de un cadáver. Al verla, se soltó llorando, está muy impresionado. Lupe entró al quirófano a presenciar la operación, ¡qué bárbara!

Noemí abrió sus ojos: "Má, qué bueno que estás aquí". Yo estaba bañada en lágrimas. "No te preocupes, todo va muy bien"; siempre dice lo mismo. ¿Por qué la volvieron a operar?, ¿qué le sacaron? Esto me huele muy mal, tengo que investigar bien, estoy muy inquieta. Dios mío, si tuviera los medios, la sacaría de aquí para llevarla a otro sanatorio. Hice amistad con la doctora Violeta. Tengo que ganarme su confianza para que me diga cómo están las cosas. Me dijo que le quitaron unos tumores y que los tienen en un frasco en el laboratorio que está junto al quirófano. Esperé a que nadie me viera y me metí al laboratorio. En un frasco de cristal vi unas bolas sanguinolentas; estaba rotulado con tela adhesiva: "Noemí Torres". Eran del tamaño de una canica, deben de ser ocho. Lo que yo temía. Estoy segura de que estos médicos metieron la pata. Pienso que en lugar de volver a operar debieron radiarla.

Despertó muy contenta. Pensé que iba a pasar muy mala noche, pero no fue así; le inyectaron sedantes. Lupe y yo nos quedamos y casi no dormimos.

Llegaron los médicos a revisar la herida. El doctor Garduño le palpó el estómago y por un agujero de la herida le saltó un líquido. Le perforaron la vejiga y tenía regada la orina.

Estoy estupefacta. No sé qué hacer, me da mucho coraje ser

tan ignorante. Tengo que conseguir algún libro que trate de estas cuestiones o platicar con alguien que esté enterado. Quisiera ver a mi amiga Amparo. Mamá querida, cómo me haces falta. Recuerdo que ella me platicaba sus experiencias de enfermera, me decía: "El peligro que tiene una extracción de matriz es la perforación de la vejiga". El médico que la hace tiene que ser extremadamente cuidadoso. Los doctores que le tocaron a mi hija no tuvieron cuidado, creo que mis temores son fundados.

Le colocaron una sonda Foley, dice el doctor Garduño que para que le cicatrice la vejiga tiene que comer muy bien. A pesar de todo, Noemí está muy optimista. Se baña, se arregla, está muy bonita. Ni parece que la operaron, sólo yo estoy llena de temores; ojalá esté equivocada.

La vejiga sigue perforada, se lo achacan a que no come bien; no creo eso. Come lo normal, lo que pasa es que no saben cómo explicar su negligencia. Cada vez estoy más convencida de que el tipo es un idiota. Noemí tiene una confianza ciega en él. No digo nada; no estoy nada conforme con la intervención ni con el tratamiento.

Seguimos en la casa de mi hijo el Negro, esperando la cicatrización de la vejiga. No sé qué le habrá dicho el doctor al Negro, lo veo muy preocupado y mi nuera está extremadamente cariñosa con Noemí; siento el ambiente muy tenso.

Pasa el tiempo y la cicatrización no llega. Mi hija se levanta y anda como si nada. Continúa con la sonda y la bolsa, además del odioso pañal. Ha vuelto a su vida normal y comenzó a trabajar. Estoy desconcertada. Le pido a Dios que siga mejorando. Sé de algunas personas que viven con la sonda y no pasa nada. Debe ser muy duro. Espero que mi hija se resigne a traerla y no pase a mayores. Noemí decide que regresemos a Pachuca y así lo hacemos.

Me da mucha tristeza. Me siento muy mal cuando veo llegar a Noemí cargando su maleta, pero qué bueno que tiene ganas de trabajar. Ha cambiado, ya no se arregla como antes, lo mismo le da un vestido que otro. Le hice unas faldas que ni siquiera se ha probado.

Se fue a la ciudad de México, vio a su ex novio y me platicó que quieren poner un negocio de hamburguesas en la casa de él. Empezó a hacer planes, ¿será posible? Qué bueno que tiene esas agallas. Hoy se arregló y nos dijo que quería ir al supermercado. Ella manejó. La vi tan garbosa que estoy muy contenta. Creo que Dios está haciendo el milagro; pienso que me he alarmado más de la cuenta.

Se levantó temprano y se afanó en la limpieza de la cocina, siempre fue muy limpia; también estuvo cantando y bailando, bendito sea Dios. Al siguiente día fue a la ciudad de México a comprar mercancía y trajo un casete de Juan Luis Guerra. Empezó a bailar al ritmo de Burbujas de amor, me gusta la canción, no la conocía; es un cantante dominicano.

Noemí recae. Hay que internarla de nuevo. Esta vez en el Instituto de la Nutrición, hay esperanzas de una recuperación. Los tratamientos no surten efecto y desahucian a mi hija; le dan un par de meses.

Desde que Noemí está enferma, estoy aquí toda la semana. El viernes pasa por mí Marco y nos vamos a Pachuca. Hoy es viernes y Noemí se molesta. No acepta que me vaya y la deje tres días; eran los únicos días que veía a Marco. Tal vez hago mal, pero era mi única válvula de escape. Lo de Noemí también me está consumiendo. No es fácil ver cómo la vitalidad de una hija se va desvaneciendo, cómo va perdiendo independencia, su mirada pide a gritos descanso.

Durante la madrugada del 21 de septiembre de 1991 Noemí dejó de sufrir, y creo que todos también. Sólo que ahora pasamos a otro estado de ánimo que se traduce en tristeza e impotencia, en el que ninguna palabra representa consuelo.

Después del velorio de mi hija, permanecí unos días más en casa de mi hijo el Negro y decidí volver a mi casa en Pachuca; ahí me esperaba Marco.

El tiempo transcurría lentamente. La muerte de mi hija aún estaba a flor de piel, y haciendo esfuerzos por encontrar resignación, le supliqué más de mil veces a Dios que me otorgara paz.

Te extraño, te extraño muchísimo, me haces falta. Si estuvieras aquí, seguramente estaríamos comentando lo que ha sucedido en esta olimpiada. Imagínate, en España, el día de la apertura, al ver a los bailarines de flamenco te recordé y cerré los ojos, te vi bailando aquella vez que fuiste con nosotros al tablao flamenco. En plena variedad te subiste al foro y te soltaste bailando con esa facilidad con que lo hacías con todos los ritmos. Si estuviéramos juntas, estarías tan emocionada como yo al ver en la televisión lo increíblemente hermoso de esta presentación que han hecho los españoles. Si estuvieras aquí, estarías muy contenta porque Jorge ya se fue y ahora Estela vive sola con sus hijos. Seguramente en este momento estarías conmigo, furiosa porque Marco no ha venido. Pelearíamos y después me pedirías perdón por todo lo que me dirías de Marco. Si estuvieras aquí, ahora que nos cambiamos para Villas de Pachuca, en este momento escucharía tu voz o el claxon del coche y me dirías: "Má, vámonos a comer".

Qué bien me siento después del baño diario. Me estoy secando con la toalla y la paso por mis piernas, veo mis cicatrices y ahora me doy cuenta de que no me importan, no me entristecen ni me acomplejan. Me doy cuenta de que soy una experta en esta tarea del vivir, he logrado sobreponerme a los golpes, he sabido esquivarlos y no me han podido noquear. Estoy saliendo del paso, donde caí cuando se fue Noemí. Las heridas están cicatrizando poco a poco, los moretones están desapareciendo, aunque a veces me duelen tanto que solamente llorando mucho puedo calmarme. Creo que ya estoy dejando descansar a mi hija. Gracias, Diosito.

Ayer fue santo de Marco, 14 de junio, se lo pasó en Tula. Vinieron mis hermanos, Salvador y Cristina, y nos fuimos a comer a la calle con Estela. La pasamos muy contentos, pues no fue Jorge y no hubo discusión.

Estoy feliz, Marco compró un órgano y van a venir a darme clases, ojalá pueda aprender. He estado tan ocupada que no he tenido

tiempo de escribir; el día primero de junio me cambié de casa.

Me encanta la nueva casita, todavía me duele la pierna, pero creo que así va a ser siempre, pues a esta edad no puedo pedir más. Ni modo, ¡pobre Marco!

Vino Coco, una amiga de juventud de mis hijas. Me dio mucho gusto, la quiero porque, además de ser una buena mujer, quería mucho a Noemí y comprende mi dolor, al grado de llorar conmigo cuando hablamos de ella. Fue testigo de mi drama día con día y me ayudó con sus palabras y con su generosidad, junto con su marido José Luis. Gracias, Coco.

Me platicó que se hizo una reunión en el rancho de José Luis, a la que asistieron los árabes, queridos amigos de Noemí, y que al recordarla lloraron, como si fuera el día de su sepelio. “No hay ni habrá otra Noemí”, dijeron. Estoy de acuerdo.

Hoy tuve cita con el doctor en el Hospital Magdalena de las Salinas. Por fin me dio la fecha para internarme. Tengo cita nuevamente el 25 de marzo y, si no hay inconveniente en cuanto a los resultados de las pruebas que debo llevar, me interno el 30 de marzo. Aprovechando que voy a México, le pedí a Marco que me llevara a casa de la Tica. Me recibió muy bien, pero en cuanto le dije que me iba a quedar unos tres días, puso mil pretextos. Me dio pena con Marco, pues yo le había dicho maravillas de mi prima. La gente cambia. La verdad es que quería darle el pésame por la muerte de Pancho y tenía ganas de ver a mi tía Teresa, eso me distraía para no pensar en mi estado de salud. Después de lo vivido con mi hija, no es fácil entrar a un hospital nuevamente. Pasé ahí la noche. En la mañana fui al hospital y, al regresar, le hablé al Negro, que fue voladísimo por mí. ¿Cuándo vuelvo a la casa de mi prima? ¡Nunca!

Estuve unos días en la casa del Negro, muy bien atendida por él y por su esposa. El sábado fue por mí Marco y fuimos a la casa de sus papás, donde saludamos a Alma, mi cuñada, y sus niños que habían llegado de Monterrey. Nos regresamos esa misma noche a Pachuca, a mi casa, donde soy la reina.

Anoche vino Estela. No había venido porque tiene mucho trabajo. Además, su hija Anayantzi no fue a la escuela porque está enferma. La llevó con el doctor; la pobre, como siempre, anda a raya. Acabo de oír en el radio que Durazo ya salió de la cárcel. La justicia es ciega y sorda en este país. Pero hay algo que celebrar: el cumpleaños de mi chaparrita (Estela), no lo recordé hasta la tarde que vinieron; creo que la edad ya está dejando sus rastros en mi mente.

Siempre me han preocupado mis hijos. Estela trabajando como burro, Jorge que no da una, por una u otra cosa no ha podido echar a trabajar la fábrica de tabicón, ojalá y pudiera ayudarlos.

Ayer fue uno de esos días en que amanecí deprimida. Lloré mucho recordando a Noemí, tal vez si no fuera por Marco, mi tabla de salvación, estos días de profunda melancolía se convertirían en un verdadero martirio. Por eso lo menciono a cada instante: es el único pensamiento feliz y constante en estos días.

Estuve muy nerviosa y me dolió mucho la pierna. No tengo humor para ver la televisión ni para oír el radio ni para leer, ¿serán los nervios y el temor que tengo de saber mi verdadero estado de salud? ¿Qué será de mí? Ya faltan pocos días para internarme en el hospital, quiera Dios que quede bien. No me importa seguir con las muletas o en silla de ruedas, pero que no me duelan las piernas. Lo que más me puede es no trabajar, soy una mujer que sacó adelante a sus cinco hijos y no quiero seguir dependiendo de Marco para todo. Me hacen falta muchas cosas y no estoy acostumbrada a pedir. Además, esta casa a la que llegué con mucho cariño, ahora la veo horrible. Por más que procuro tenerla muy limpia, huele mucho a humedad y el baño no tiene ventilación. Nunca había vivido en una casa tan fea. Al principio no me importó, pues creí que iba a estar Marco conmigo, pero así ¿qué caso tiene? Y me digo: "Estúpida Estela, ponte a trabajar y date tus gustos como antes". ¿Podré hacerlo? Claro que sí, puedo mover mis manos. No puedo aceptar ver a Marco sólo un día a la semana, no tiene caso, prefiero perderlo. Si he podido seguir viviendo sin mi hija, sin él ¿por qué no? Dios mío, devuélveme la salud, por favor.

¿Acaso ése es mi trágico destino?, ¿depender de las migajas de tiempo y cariño de un hombre? Me cuesta trabajo aceptarlo. Es más, sólo al escribir estas líneas pude notar mi dependencia. No lo puedo evitar, la vida ya me ha arrebatado muchos cariños entrañables, por eso me aferro a éste. Ni modo, me resigno, es la vida que yo elegí vivir, aunque a veces me pesa demasiado.

Mi nieta Anayantzi me platicó que su amigo José Luis se le declaró y que ella le dijo que lo va a pensar, ja, ja, ja, a la antigüita. Me da gusto que mi nieta sea así.

Ningún tiempo vale la pena si el fracaso está en el hogar. Estela trabaja como loca, no le da tiempo para pensar en otra cosa que no sea dinero para solventar los gastos de la casa. Jorge no da una y, claro, los pleitos están a la orden del día. Los dos están de mal humor. Con todo y eso estoy orgullosa de mi hija por chambeadora.

21 de marzo, día en que comienza la primavera

Estoy oyendo en el radio que es tal la contaminación en la ciudad de México que tuvieron que tomar medidas de emergencia. Esto se está poniendo color de hormiga. El cielo de Pachuca está limpiísimo, qué bueno que vivo aquí.

Ayer tuve que ir al Seguro Social de aquí, de Pachuca. Quedó Jorge de venir a las siete de la mañana por mí para llevarme, pero se le olvidó. Me levanté a las cinco y media, me bañé y me arreglé. Dieron las siete y media y, al ver que no llegaba, me dispuse a bajar yo sola, pero una vecina me vio y se ofreció a llevarme en su coche. ¡Qué buena suerte! Llegué al hospital para someterme a las pruebas de rigor: presión arterial, temperatura, pulso, me sacaron sangre, obtuvieron muestras de orina, examinaron mis radiografías de cadera y tórax. El doctor me cuestionó: "¿Dónde está su acompañante?" Cuando le dije que había ido sola, igual que los demás médicos cuando se dan cuenta de mi estado, me regañan y me dicen que por ningún motivo puedo andar sola, que debo estar acostada, y yo me

muero de la risa. Sólo muerta estaré inactiva. Como iba a tomarme el electrocardiograma (nunca me habían tomado uno), me ayudó a desabrocharme la blusa, a quitarme los zapatos y los pantalones, pues eso me cuesta mucho trabajo. Al darme cuenta de que me tenía que desnudar, me quería morir de vergüenza. Me ayudó a subirme a la mesa de curación, me embarró quién sabe qué líquido y me puso un montón de cables. Empezó a platicar conmigo seguramente para distraerme, pues me tapé la cara de la vergüenza que me dio. Sonrió y me dijo que no había motivo, era una cosa de rutina y que los médicos no se fijan en nada. Me cayó muy bien, pues habiendo muchos pacientes formados antes que yo, me permitió pasar antes que a ninguno. Al parecer, aquí también soy la reina, ja ja. Me entregó el resultado del electro y me dijo que mi corazón trabajaba perfectamente, eso me dio mucho alivio.

Eran las ocho de la mañana y el resultado de las pruebas me lo darían hasta las cuatro de la tarde. ¿Qué hacer? De no haber traído muletas, seguramente me hubiera ido a ver aparadores o simplemente a caminar para hacer tiempo, pero así, ni modo, hay que es-perar sentada. Atravesé la calle para ver a Angélica, una amiga de mi hija Estela que tiene su negocio frente al Seguro. No había llegado. A un costado hay un restaurante muy bonito que estrenaron hace poco y que me ha llamado la atención porque siempre está solo. Entré, pedí un café con leche y pan (el restaurante diz-que es estilo chino) y, como compré el periódico, me dispuse a leerlo con toda calma. El café está muy sabroso. Por mi régimen, sólo me comí medio bisquet, y estaba concentrada en la lectura, cuando llegó el dueño con una taza de té. Comenzamos a platicar y le pregunté por qué estaba tan vacío el restaurante. Fue el principio de una plática que duró dos horas, aproximadamente. Me propuso hacerme cargo del negocio, por supuesto, después de operarme. Se despidió y observé el restaurante. La barra tenía las mismas medidas que las de El Richard y el mismo número de me-sas. Sentí una sacudida, cerré los ojos y me vi sentada tras la caja, ordenando a las meseras, lleno de

gente comiendo y a Marco tocando un órgano. Soy una mujer afortunada. Cuando me propongo una cosa, la logro. ¿Qué dirá Marco cuando se lo platique? Qué cosas tan curiosas me ocurren. Le pedí a una mesera que fuera a llamar a Angélica y estuvimos platicando de la propuesta hasta que dieron las cuatro.

Regresé por los resultados de las pruebas al Seguro. Después fui al dentista a que me arreglara mi puente, pues como he adelgazado se me afloja; a una mujer de esta edad comienza a aflojarsele todo. También fui al supermercado. Entré nada más a la tienda de las telas a comprar unos botones y unos hilos. Como ya no aguantaba el dolor de la pierna, me fui a la carretera y esperé un taxi. Cuando subí, noté que en el carro de enfrente iban Jorge y Estela. Llegamos juntos a la casa. No podían creer todo lo que hice, estaban atacados de risa y muy apenados por haberse olvidado de mí.

Curiosamente, la propuesta que recibí en aquel restaurante me inyectó vitalidad. Mi mente empezó a funcionar a todo vapor. Tengo que volver a caminar, quiero trabajar. No es porque me falte dinero, es la necesidad de sentirme productiva. Me recordé en El Richard, caminando de aquí para allá sin descansar. La señora Lugo me decía “la eficiente Estela”. Quiero volver a ser aquélla.

Anoche vi en la televisión una película de una mujer de la edad de Noemí, con cáncer. Trata de los estragos que causa paulatinamente la enfermedad, sumamente triste y deprimente; es doloroso para la enferma y para sus familiares. Es una película triste, pero la realidad es infinitamente más dramática, no hay comparación.

Estoy en la casa del Negro, llegamos del hospital. El doctor me hizo la evaluación después de ver los resultados de las pruebas. Estoy más o menos bien, lista para la operación. Me interno el día 30, o sea, la semana que entra (el lunes). Se me llegó la hora, ya era justo, ya no aguanto el dolor.

Cuatro días antes de mi operación recordé que era el cumpleaños de Noemí. Eché a trabajar mi cerebro y retrocedí cuarenta años a la misma tarde en que a las cinco treinta di a luz a una preciosa niña

con los ojos más grandes que he visto. Qué lejos estaba de pensar que la vería volar al cielo antes que yo. Dios sabe por qué se la llevó.

Hijita, no te puedo decir “muchos días de estos”, pero sí ¡Feliz cumpleaños donde estés! Pensé ir al panteón, pero no hubo quien me llevara y la pierna me duele mucho. Vives dentro de mí, estás conmigo y todo mi amor te lo di en vida y te lo sigo dando.

30 de marzo

La historia vuelve a repetirse. Estoy en el hospital después de pasar los trámites necesarios y de esperar a Marco, que llegó retrasado y traía el comprobante de la donación de sangre. Cuando Marco se despidió, me dieron ganas de llorar, pero estoy tranquila y tengo mucha fe y confianza; sé que todo va a salir muy bien.

Coxitrocis mecánica se llama la intervención que me harán mañana, 3 de abril de 1992; ojalá la operación no sea tan complicada como el nombre.

Me llevaron a una sala que no me correspondía, la de enfermos de la columna, pues en la de cadera no había cama. En la cornisa de la ventana se paró una hermosa paloma blanca, precisamente en la ventana que está junto a mi cama. Me adjudiqué esa visita; seguramente era sólo para mí. Le mandé un beso y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sé que mi hija estuvo ahí, es mi ángel guardián.

Hoy vino Marco, como todos los días que he estado aquí. Me dijo: “Vine a cumplir”. Así de simple. Se me figuró un concripto que va a la fuerza a marchar, como diría el Negro: “Ése es el auténtico valor del aprecio”.

Lo que sufrí no quiero recordarlo, quedó completamente olvidado. Estoy viva; Dios mío, gracias.

Viva y en mejor estado de salud, con muchas cosas que celebrar. Llegó un 10 de mayo más, pero lamentablemente para mis cuatro hijos no fue trascendente; así que me fui con Marco a la casa de sus papás. Regresé el martes. Como Estela no sabe que estoy aquí, no se

paró en toda la semana. Tengo cinco días que no abro la boca para hablar, las paredes nunca han sido buenas conversadoras.

Fuimos a Monterrey al aniversario número quince de la hija de Alma, hermana de Marco. Me encantó el viaje en ferrocarril; mentiría si digo que no me divertí. Pero no puede faltar el pelo en la sopa. Como siempre, Marco prefiere a sus borrachos amigos que pasarla conmigo, le gusta andar con la chusma; que le aproveche. ¿Qué le voy a hacer?, ni modo. No sabe tratar a las mujeres. Tiene cosas muy buenas, pero en un momento desbarata todo lo agradable. Afortunadamente, soy más fuerte que él, no necesito ni siquiera hablar para hacerle entender su error, sé que soy muy complaciente con él, intento siempre ver sus virtudes y dejar a un lado sus defectos.

Nuestra relación es normal, nada extraordinario, pero me hace feliz. Un día llegó y me dijo: "Estela, quiero casarme contigo". Así, nada más, sin anillo ni mariachis, o por lo menos una flor del jar-dín. Claro, ya no tengo quince años, pero una declaración tiene su protocolo, ¿no? Creí que estaba bromeando. ¿Por qué?, fue lo primero que pensé. Él contestó que quería demostrarme lo que significaba para él. ¡No lo podía creer! Le di el sí y empezamos con los preparativos.

Él quería que tuviera madrinas, pajes y un vestido precioso. Fue una boda a la que asistieron más de trescientas personas, duró dos días y se hizo en un salón que tenía hotel, alberca, hornos para barbacoa y un jardín precioso. A las doce de la noche Marco solicitó la atención de los invitados y dijo: "Por favor, salgan al jardín todos". Era la noche de año nuevo cuando nos casamos y preparamos juegos pirotécnicos; en una pared decía con luces: Marco y Estela. Todos aplaudieron y ya se imaginarán como me sentía en presencia de mi familia y la de mi esposo, brindando por nuestra boda. Esa noche nadie durmió, estuvieron bailando y cantando; después vino la tornafiesta. ¡Inolvidable!

Desde entonces somos una sola familia y, aunque no nos vemos muy seguido, cuando lo hacemos es con mucho gusto. Ahora mis hijos aprecian a Marco y él a ellos.

Marco trabaja siempre afuera, así que un tiempo estuvimos en Veracruz, en Tampico, Colima, Monterrey, Saltillo y Reynosa. Siempre lo acompañé. Ahora me he plantado en Pachuca porque todos mis hijos están acá y no puedo descuidar tanto la casa. A veces voy a Monterrey y me estoy uno o dos meses, él viene cada quince días y nos juntamos toda la familia. Nunca había sido tan feliz, pues tengo unidos a todos mis amores.

Desde que estoy más tiempo en Pachuca, he tenido la oportunidad de observar más a mis hijos y la vida que llevan. Mi hijo Baltasar siempre fue el que me dio más preocupaciones por su forma de beber. Ya se había corregido, se compró un departamento en la misma calle que yo, tenía su coche y un ingreso que le daba para vivir.

Seis meses atrás, mi hijo había sufrido un infarto cerebral. Eran las diez treinta y sonó el timbre de mi casa. Yo tenía poco más de una hora de haber regresado de visitar a mi esposo en Monterrey, me asomé por la ventana y vi que mi hijo se desvanecía hasta quedar tirado en el suelo. De inmediato llamé a la ambulancia y al hospital. Estuvo quince días internado y, gracias a Dios, salió bien, con dificultad para caminar y para hablar, pero a los tres meses ya estaba casi recuperado.

En cuanto recobró la fuerza, empezó a trabajar. Tenía planes para ir a Cuba en diciembre. De pronto le comenzó a doler la cabeza y a dar un poco de tos. Un amigo suyo, Pepe Junco, se encargó de llevarlo al médico y de que se hiciera estudios. El dolor de la cabeza no cedía y tenía dificultad para respirar. Hubo que internarlo de nuevo. Cuando llegamos al hospital, lo pasaron a urgencias y después al quirófano. Tenía agua en el pulmón. Le hicieron una cavidad en un costado para introducir una sonda y sacarle el agua. La enfermedad era derrame pleural, ¿de dónde le salía tanta agua? Le realizaron diferentes pruebas y análisis. A mí no me dijeron el resultado, sino hasta después: mi hijo tenía un tumor canceroso en el pulmón. Otra vez el cáncer atacaba a otro de mis hijos, ¡Dios mío! A los quince días de haber llegado al hospital falleció.

Aún estoy consternada, un rayo no me hubiera hecho tanto daño. ¿Cómo fue? Mi compañero, mi amigo, mi confidente, desaparecido; esto, a mi edad, no lo voy a poder superar. Mi hijo fue un hombre afortunado, muy simpático, tenía mil amigos. Un hombre fuera de serie, tan carismático como Noemí.

Descanse en paz, inolvidable Balta.

Mi nieta María Amparo, hija de Judith, siempre me hace preguntas y en una ocasión me cuestionó: "Abuela, quiero que me platiques cómo ha sido tu actitud ante la vida. ¿Cómo has podido superar tantos tristes acontecimientos y estar todavía de pie, con esa disposición para seguir adelante?, sin perder el optimismo".

Me quedé pensando en su pregunta y mi pensamiento retrocedió muchos años. Llegué a la conclusión de que he sido muy afortunada desde que nací. Dios me dio esa fuerza, esa alegría de vivir, esa necesidad de amar a mi familia y de llevarme bien con la gente que me rodea. Mi poca facilidad literaria me impide explicarme con propiedad respecto a lo que siento.

A pesar de los ochenta y cuatro años que llevo encima y que a veces merman mi claridad y mis recuerdos, tengo la capacidad de acordarme de mis compañeros de primaria que hace cincuenta años que no veo y lo hago con mucho cariño. Quisiera encontrarlos para decirles que todavía están en mi mente como si fuera ayer, sobre todo un amigo muy especial que tuve cuando niña.

Recuerdo una calle en el pueblo de Tacuba que se llama Golfo de Bengala, esquina con Golfo de Adén, donde había una casa, más bien un castillo en el que decían que vivió Hernán Cortés, porque en la esquina hay un árbol casi tan grande como el de la noche triste circundado con rejas de hierro. Todos los días pasaba por allí, pues era el camino que me llevaba a la escuela. Junto a ese castillo estaba una casa con dos departamentos. Uno lo ocupábamos nosotros y el otro una familia de árabes que se componía de mamá, papá y dos

hijos. Tenían más familia, pero los otros ya se habían casado y se habían ido. Yo tenía como once años, Gabriel, trece y Abraham, quince. Doña María era su mamá, una mujer bellísima, pero muy descuidada. Vinieron de Siria por la guerra y muchas cosas más que les platicaban a mi abuelita y mi mamá, a las cuales yo no ponía atención, pues no me importaban las pláticas de mayores; así me educaron.

Gabriel, Abraham y yo nos llevábamos muy bien. Cuando llegábamos de la escuela compartíamos nuestra comida; ellos servían comida árabe y el pan que me encantaba. Nos considerábamos de la familia, nos gustaba decir que éramos primos, Gabriel era muy descuidado, siempre vestía con pantalones de mezclilla, de esos que en los tirantes tienen hebillas y siempre traía uno de ellos colgando y las bolsas llenas de huesitos de chabacano y canicas. Era muy vago, a mí me daba risa cuando su mamá lo regañaba en árabe; siempre fue muy respondón.

En esa misma casa, mientras estaba en la ventana, fue donde conocí al que después fue mi primer marido.

Llegó el día en que me casé por lo civil. Los únicos que nos acompañaron fueron Gabriel, mi mamá y mi primo Benjamín. Cuando mi mamá me llevó de la casa al enfermar de la pierna, Gabriel me perdió la pista. Su mamá y él se dieron a la tarea de buscarme y me encontraron. Pasaron los años y Gabriel, de vez en cuando, se aparecía llevando regalos para mis hijos. Pero de repente dejó de ir. A veces Rafael se lo encontraba en algún lugar y me mandaba saludar. Rafael me comentaba que había cambiado mucho, tenía un buen coche y vestía muy elegante, pero pasó el tiempo sin saber de él.

Un buen día tocaron a la puerta y se apareció aquel Gabriel de mi infancia, al que casi no reconocí, convertido en un hombre muy bien vestido y muy sonriente. Nos dio mucho gusto, nos abrazamos y platicamos de todo lo que nos había pasado.

Desde ese día, Gabriel fue una visita constante. No se había casado y confesó que siempre había estado enamorado de mí. Le dije que siempre lo había visto como un hermano. Cada ocho días llegaba

con la cena estilo árabe y a nosotros nos encantaba. Era director de la Juventud Ortodoxa, además de periodista, ya que escribía en una revista de política. Con él conocí muchos lugares. Me llevaba al Club de Periodistas, donde me presentó a muchos personajes del mundo del periodismo. Había entonces un programa en la televisión que se llamaba Sopa de Letras. Esos señores eran sus amigos: Arrigo Coen, Pancho Liguori y otros del club que está en la calle de Filomeno Mata. De ahí nos íbamos a cenar a la famosísima cantina La Ópera. No sé si estos lugares existan todavía. Allí conocí a Bernabé Jurado, un abogado muy famoso; a Pita Amor, de la que hasta la fecha soy admiradora. La familia de Gabriel se hizo de mucho dinero. Su mamá compró una casa en las calles de Mitla y su hermano tenía unos departamentos en la colonia Condesa que, por cierto, en el terremoto de 1985 se cayeron y allí murieron su esposa y sus dos hijos; él se salvó porque estaba trabajando.

Gabriel nunca me habló de matrimonio, pero tampoco dejó de visitarme. Yo ya tenía mi restaurante y me la pasaba muy bien. La familia de Gabriel me quería mucho, pero no para que me casara con él; el cariño no les hacía olvidar que yo no era árabe.

Un sábado llegó tarde al restaurante y le reproché: "Creí que no ibas a venir", y él me contestó estas palabras que no se olvidan: "El día que yo deje de venir un día a la semana, es porque estoy muerto".

Después de un tiempo murió la mamá de Gabriel. La casa de Mitla se vendió. Un día me comentó que, para mejorar su salud, el doctor le había recomendado que se fuera a vivir a una ciudad al nivel del mar, y me preguntó si me iría con él a Puerto Vallarta. ¡Imposible! ¿Cómo iba a dejar a mis hijos y el restaurante? Me pidió que lo pensara, la propuesta era de matrimonio. Me dejó con la boca abierta, no me lo esperaba. Era tentadora la proposición, pues acababa de recibir su herencia. Sé que de este último comentario surgirán pensamientos mal intencionados respecto a mi verdadero cariño por Gabriel, pero es un hecho que iba a recibir una herencia.

Sin el menor entusiasmo por la propuesta de mi amigo, decidí

rechazarla, pues lo quería como a un hermano. Cuando no iba, lo extrañaba mucho, pero nunca me imaginé vivir con él como su mujer. Mi cariño no iba por ahí. Un lunes a las siete de la mañana llegó su sobrino al restaurante y me dio la mala noticia: Gabriel acababa de fallecer. Mi corazón se estrujó una vez más con esa sensación que genera la muerte. Él tenía muchos planes respecto a lo que haría con su herencia, que ya no pudo realizar. ¿Cómo es el destino, verdad? Mis hijas y yo fuimos al sepelio y lo lloramos mucho. Descanse en paz un hombre bueno.

Estas historias son las que le gusta escuchar a mi querida nieta María Amparo. Hoy por hoy es una de las pocas personas o, mejor dicho, cariños auténticos que tengo. Es mi nieta, mi chofer, mi distracción y muchas veces mi conciencia.

No puedo de ninguna manera ponerme como ejemplo. Me faltó mucho para ser una buena madre; como esposa hice lo mejor que pude, traté de llevar la relación en paz, aunque me costó mucho trabajo, pues mi marido no era una perita en dulce; siempre evité los pleitos y más delante de los niños. Mi carácter me ayudó para estar siempre contenta. Me gustaba cantar, bailar y, cuando él llegaba, siempre tenía una broma para hacerlo reír y darle al mal tiempo buena cara.

Mis historias tal vez no son diferentes a las de muchas mujeres de mi edad. He vivido demasiado y, sobre todo, he visto pasar la vida de muchos seres queridos rápidamente.

Y, sin embargo, después de veinte años de viudez y superando cualquier pronóstico que la mayoría de la gente tuviera respecto a lo que sería mi vida, se presenta un hombre veinte años menor que yo y me invita a vivir con él, a tomar un segundo aire, a mis sesenta años de edad. Tal vez no sea prudente aconsejar algo así a ninguna mujer, pero no soy una estadística de una mujer de la tercera edad.

He tenido una buena vida y Marco es un hombre fuera de serie que me llama tres veces al día desde Monterrey, que es el lugar donde actualmente trabaja y me insiste para que lo alcance allá. Tal

vez para una mujer con la edad propicia para mantener romances le parezca poca cosa que me llenen tres llamadas al día, pero a mí me satisfacen y me halaga, como mujer, saber que un hombre piensa en mí todo el día.

A pesar de su insistencia, no me atrevo a dejar mi casa y a mis hijos para ir tras él. Tengo ochenta y cuatro años, mi piel está arrugada, las mejillas se me cayeron, los ojos se me hicieron chiquitos, ya no veo sin ayuda de unos lentes de fondo de botella, me cuesta mucho trabajo escribir, me tiembla la mano, ya no me atrevo a cantar, ya me mandé hacer mis aparatos para la sordera, mi cuerpo ya cedió a la gravedad, sólo puedo caminar con la ayuda de mis muletas. Siempre he sido vanidosa y ahora es tiempo de permanecer quieta.

Aunque ya estoy llegando a la recta final, no me quiero morir. Todavía lucho, porque deseo seguir viendo a mis hijos y a Marco. Estoy trabajando en una empresa de bienes raíces, aquí mismo, en mi casa. Hago algunas actividades domésticas de la casa y me encanta preparar el festín para que el domingo venga mi familia a comer.

¿Verdad que soy una mujer con suerte?

Me siento como Julia Roberts en *Mujer bonita*, rescatada por mi príncipe azul.

Mi nieta María Amparo insiste en que tengo algún secreto, porque la gente que trato me quiere y le gusta visitarme y platicar conmigo. Pues no, soy una mujer común y corriente. He tratado de conservar en mi hogar un ambiente de alegría y optimismo y llevarme muy bien con mis hijos. Nunca les pegué, pero creo que eso no está bien, pues no hay que consentirlos tanto. Su papá se encargaba de los regañones y, a veces, de los golpes, pero yo pocas veces le di la queja.

Teníamos problemas mi marido y yo, como cualquier matrimonio, pero trataba de solucionarlos de la mejor manera. Era pa-r-randero

y mujeriego, pero aprendí a restar importancia a su comportamiento y dedicar más tiempo a mis hijos.

He tenido aciertos y desaciertos en mi vida. Di a luz a seis hijos y he tenido que enterrar a tres de ellos. No sé si he sido buena mujer, esposa o madre, pero sigo luchando día a día, intentando vencer obstáculos, sobre todo luchando conmigo misma, con mis pensamientos, con mi depresión. Me quedan tres motivos más para vivir y tengo un aliciente llamado Marco que me brinda su apoyo.

Amo a mi familia, hijos, nietos, sobrinos, amigos, y planeo vivir con plenitud y buena actitud ante la vida el poco tiempo que me queda.